

CAPITULO XV.

MVERE MOTEZUMA
sin querer reducirse à recibir el
Bautismo. Embia Cortès el Cuer-
po à la Ciudad: celebran sus exe-
cuciones los Mexicanos, y se descri-
ven las calidades que con-
currieron en su Per-
sona.

Agravase
la herida de
la Cabeza.

Perleverò en su impa-
ciencia Motezuma, y se
agravaron al mismo
paflo las heridas: conocien-
dose por instantes, lo que in-
fluyen las pasiones del Ani-
mo en la corrupcion de los
humores. El golpe de la ca-
beza pareció siempre de cuy-
dado, y bastaron sus despe-
chos para q se hiziesse mor-
tal: porque no fue posible
curarle como era necesario,
hasta que le faltaron las fuer-
zas para resistir à los reme-
dios. Padecíase lo mismo pa-
ra reducirle à que tomasse al-
gun alimento, cuya necesi-
dad le iba extenuando: solo
durava en el, alentada, y vi-
gorosa la determinacion de
acabar con su vida: ereciendo
su desesperacion, con la falta
de sus fuerzas. Conocióse à
tiempo el peligro, y Hernan
Cortès (que faltava pocas ve-
zes de su lado; porque se mo-
derava, y componia en su pre-

fencia) tratò con todas veràs
de persuadirle à lo que mas le
importava. Bolvióle à tocar
el punto de la Religion: lla-
mandole con suavidad à la
detestacion de sus errores, y
al conocimièto de la verdad,
Avia mostrado en diferen-
tes ocasiones alguna inclina-
cion à los Ritos, y preceptos
de la Fè Catolica: desagra-
dando à su entendimiento los
absurdos de la Idolatria, y
llegò à dar esperanzas de cò-
vertirse; pero siempre lo di-
latava por su diabolica Razò
de Estado: atendiendo à la su-
persticion agena, quando le
dexava la fuya: y dando al te-
mor de sus Vasfallos, mas que
à la reverencia de sus Dioses.

Diligencias
que se hi-
cieron para
su conver-
sion.

Hizo Cortès de su parte
quanto pedia la obligacion
de Christiano. Rogavale vn
vezes fervoroso, y otras en-
ternecido, que se bolviesse à
Dios, y asegurasse la Eterni-
dad, recibiendo el Bautismo.
El Padre Fray Bartholomè
de Olmedo le apretava con
razones de mayor eficacia.
Los Capitanes, que se precia-
van de sus favorecidos, que-
rian entenderse con su volun-
tad. Doña Marina passava de
la interpretacion à los moti-
vos, y à los ruegos; y diga lo
que quisiere la Emulacion, ò
la Malicia (que hasta en este
cuydado culpa de omifios à
los

Perjuicio
nes de Cor-
tès, y la
Fray Bar-
tholomè.

los Españoles) no se omitió di-
ligencia humana, para redu-
cirle al camino de la verdad.
Pero sus respuestas eran des-
propósitos de hombre preci-
to: discurrir en su ofensa: pro-
rumpir en amenazas: dexar-
se caer en la desesperacion: y
encargar à Cortès el castigo
de los Traydores: en cuya ba-
talla, que durò tres dias, rin-
diò al Demonio la eterna pos-
fesion de su Espiritu: dando
à la venganza, y à la feroci-
dad las vltimas claufulas de
su aliento: y dexando al Mun-
do vn exemplo formidable
de lo que se deven temer, en
aquella hora, las pasiones,
enemigas siempre de la con-
formidad, y mas absolutas en
los Poderosos: porque falta el
vigor para sugetarlas, al mis-
mo tiempo que prevalece la
costumbre de obedecerlas.

Sus Ref-
puestas.

Muere ob-
tinado.

Sentirien-
to de los Es-
pañoles.

Fue general entre los Espa-
ñoles el sentimiento de su
muerte: porque todos le a-
maban con igual afecto: vnos
por sus dadivas, y otros por
su gratitud, y benevolencia.
Pero Hernan Cortès, que le
devia mas que todos, y hazia
mayor perdida, sintió esta
desgracia tan vivamente, que
llegò à tocar su dolor en cò-
goja, y desconuelo: y aunque
procurava componer el fem-
blante, por no defalètar à los
fuyos, no bastaron sus esfuer-
zos, para que dexasse de ma-
nifestar el secreto de su cora-
zon cò algunas lagrimas, que
se vinieron à sus ojos, tarde, ò
mal detenidas. Tenia funda-
da en la voluntaria fugacion
de aquel Principe la mayor
fabrica de sus designios. Avia
sele cerrado con su muerte la
puerta principal de sus espe-
ranzas. Necesitava ya de ti-
rar nuevas lineas, para cami-
nar al fin que pretendia. Y so-
bre todo le congojava, que
huviesse muerto en su obsti-
nacion: vltimo encarecimièto
de aquella infelicidad, y
punto esencial, que le divi-
dia el corazon entre la triste-
za, y el miedo: tropezando
en el horror todos los movi-
mientos de la piedad.

zoz, para que dexasse de ma-
nifestar el secreto de su cora-
zon cò algunas lagrimas, que
se vinieron à sus ojos, tarde, ò
mal detenidas. Tenia funda-
da en la voluntaria fugacion
de aquel Principe la mayor
fabrica de sus designios. Avia
sele cerrado con su muerte la
puerta principal de sus espe-
ranzas. Necesitava ya de ti-
rar nuevas lineas, para cami-
nar al fin que pretendia. Y so-
bre todo le congojava, que
huviesse muerto en su obsti-
nacion: vltimo encarecimièto
de aquella infelicidad, y
punto esencial, que le divi-
dia el corazon entre la triste-
za, y el miedo: tropezando
en el horror todos los movi-
mientos de la piedad.

Su primera diligencia fue
llamar à los Criados del Difun-
to, y elegir seis d los mas prin-
cipales, para que sacassen el
cuerpo à la Ciudad, en cuyo
numero fuerò comprehendi-
dos algunos Prisioneros Sa-
cerdotes de los Idolos; vnos,
y otros, oculares testigos de
sus heridas, y de su muerte.
Ordenòles, que dixessen de su
parte à los Principes, que go-
vernavan el Tumulto popu-
lar: Que alli les embiava el Ca-
daver de su Rey, muerto à sus
manos, cuyo enorme delito dava
nueva razon à sus Armas. Que
antes de morir, le pidió repetidas
veces que le embiava el Cadaver
de su Rey, muerto à sus manos,
cuyo enorme delito dava nueva
razon à sus Armas. Que antes
de morir, le pidió repetidas
veces que le embiava el Cadaver
de su Rey, muerto à sus manos,
cuyo enorme delito dava nueva
razon à sus Armas.

Embiamos
Cortès el Cada-
ver con sus
Criados.

Amenaza
con esta oca-
sion à los
Sediciosos.